

por que lo reciente de la cátedra que se ha planteado para su cultivo parece exigir de nosotros la mas justa preferencia.

Mas no pretendo exaltar á vuestra vista sus primores, por que ni mis talentos me favorecerian, ni es conveniente abandonarse á los hechizos de la imaginacion y á los trasportes del alma, cuando se trata solo de justificar la importancia y desenvolver la economía de tan provechoso establecimiento. Mi discurso no tendrá otro carácter, por lo mismo, que el de una simple memoria. En ella procuraré manifestar primeramente las razones de interes público y perfeccion literaria que reclamaban la fundacion de esta nueva cátedra; y por último daré una idea general del método que tenemos adoptado en ella, confirmando su bondad con los resultados que ha producido.

PRIMERA PARTE.

APENAS hay institucion ninguna, por incontestable que sea su utilidad, que no tenga detractores. ¿Será extraño que todavia estemos en el caso de justificar la importancia del arte de hablar? No le bastó á Ciceron haber sido por su elocuencia el hombre de la república romana, para exonerarse de rebatir las opiniones contrarias al estudio de los excelentes principios que desenvolvió tan

magistralmente en sus tratados de la retórica; (*) y el mismo Quintiliano tuvo que dedicar un capítulo de sus instituciones á demostrar el grande interes de un estudio que habia ocupado de preferencia á los ingenios mas esclarecidos de la antigüedad. (**) ¿Y si ellos no quisieron fiarse ni de los documentos que atesoraba ya la historia de la elocuencia, ni de la claridad con que á su juicio resplandecia la importancia de tales estudios, para relevarse de manifestarla al público en sus libros; ¿estarémos dispensados de hacerlo nosotros que todavia ni aun contamos con una literatura patria? El ejemplo de tan autorizados maestros y los justos miramientos debidos al público, miramientos cuya obligacion jamas debe prescribir, nos determinan hoy á manifestar las razones de utilidad que se han tenido presentes al fundar en este Seminario la cátedra de Bella Literatura. Satisfarémos por lo mismo en primer lugar á cuantos califican de inútil el estudio del arte, y harémos ver en segundo, cómo los mismos objetos que tienen entre nosotros y aun por sola su institucion los seminarios, clamaban por esta interesantísima reforma en el sistema general de nuestros estudios.

El estudio de las reglas, afirman algunos, es inútil para el que tiene disposiciones naturales, por que ellas son el todo en la elocuencia y en la poesia; y con mas razon para el que de ellas carece, pues en este caso á nada conducen todos los preceptos del arte. Pero aun adelantan mas otros, que no satisfechos con proscibir las reglas, intentan extirpar de su república tanto á los oradores quanto á los poetas, como á los enemigos mas capitales de la verdad y de la virtud. Es nuestro ánimo contestar á unos y otros.

Las cualidades de la naturaleza son tan indispensables para conducir el arte á la mas alta

(*) *De Orat. lib. 1.º Capp. 20, 23 y 32.*

(**) *Cap. 12 lib. 2.º*

VIII.

perfeccion, que seria imposible sin ellas á las producciones del espíritu salir de la triste y limitada esfera de una ruda mediocridad. ¿Que son los preceptos de la Retórica para el que solo extiende su reflexion á distancias muy comunes y sobre objetos muy conocidos; que no imagina sino lo que ve, ni puede triunfar un solo instante de la tibieza y aun frialdad de sus propios sentimientos? ¿Que fuerza humana torcerá con el mejor éxito las inclinaciones profundas que muy de antemano muestran el movimiento que requiere la juventud para llegar á su perfeccion? ¿Por ventura podrá elevarse en la escala sublime de las abstracciones el hombre que parece haber nacido para seguir los pasos lentos del manso animal que abre á la semilla la superficie de la tierra? ¿Y el que solo pretende vivir dentro de sí mismo podrá consumir con fruto los días y los años en medio de las mieses ó en los talleres de las artes? La inclinacion es pues una antorcha segura para buscar en el espíritu los talentos que deben cultivarse; y el descubrimiento de estas potencias anuncia ya de antemano, no lo que ha de ser, mas lo que puede ser el hombre en la carrera de la vida. Semejantes á una tierra virgen ellas harán fructificar las plantas mas útiles: sobre ellas podrá levantarse el árbol protector y benéfico que cobijará con sus copas numerosos rebaños; ó tal vez brotarán por donde quiera abundantes abrojos, venenosas pasturas, flores inútiles y toscos y groseros frutos. ¿Que habrá de ser pues el hombre que cuenta con las disposiciones mas felices de la naturaleza? poco ó mucho y acaso menos que nada, segun el cultivo que reciba. Si ellas se empeñan primero en un camino seguro de todo extravío, marcharán siempre con rectitud; y si este camino tiene por término y blanco la utilidad comun, entonces la gloria anunciará muy altamente lo que haya de ser para el universo y la posteridad el hombre que cuente con disposiciones tan brillantes y un cultivo tan

IX.

osmerado. ¿Pero se abandonan aquellas á sí mismas? ¿se obliga al entendimiento á vivir sobre el pais, como suele decirse? ¿se sanciona por fin el libertinage de la imaginacion, y se arrasan los diques levantados por la sabiduria á la impetuosidad de los sentimientos? Pues nada es ya el que todo lo prometia; y en una situacion como esta, el hombre brillará, cuando mucho, de tiempo en tiempo, como la exhalacion fugitiva, no mas que para hacer visibles en cierto modo las tinieblas que le circundan. Dejemos, pues, con el juicioso Quintiliano (*) las necias declamaciones con que intenta desacreditar el estudio de la bella literatura la grosera impericia de ciertos hombres, que no teniendo ojos mas que para ver en globo los resultados, son incapaces de percibir la cadena secreta de conocimientos y aquellas exquisitas transiciones por donde han tenido que pasar cuantos han ilustrado la historia de las letras.

No siempre el talento es el mejor garante de la verdad, ni la sensibilidad un signo infalible de la elocuencia. ¿Cuantos entendimientos claros é ingenios perspicaces no se sumergen á cada paso en la confusion de las ideas y en el embrollo de los juicios! Desprovistos de todo criterio, desnudos de toda regla, no aciertan á cada paso ni en la eleccion de la materia, ni con el exacto sistema de los procedimientos. La imaginacion interpone sus brillantes y seductores delirios entre la razon y las cosas, el sentimiento huye de cuanto no lo estimula, y se abandona sin tregua á los agujones que lo exitan: todo lo altera y confunde, y á medida que se adelanta su experiencia, multiplica los obstáculos para el conocimiento exacto del hombre moral. ¿Donde se hallará entonces la verdad? donde la persuacion? donde finalmente la elocuencia que merezca este nombre? ¿Para afianzar pues el imperio de la verdad sobre la conducta de los

(*) *Instit. orat. lib. 2^o Cap. 17.*

X.

hombres, bastarán el talento sin el ejercicio, el ejercicio sin las ciencias, ó las ciencias sin aquel magestuoso vestido que atrae sobre ellas la vehemente y eficaz inclinacion á la práctica de las verdades que proponen? ¿Por ventura basta, para ser elocuente, lo que se necesita para obrar un movimiento mecánico en la multitud? ¿o acaso la verdad tal como sale de las especulaciones científicas, tal como se muestra al entendimiento cuando le ilustra, bastará para contrapesar las pasiones y obtener un triunfo completo sobre las tendencias mas dulces y arraigadas? Nó, dice Buffon: „la verdadera elocuencia supone el ejercicio del genio y la cultura de la razon: es muy diferente de esa facilidad natural concedida á todos aquellos que tienen pasiones fuertes, órganos flexibles y dóciles, viva y pronta imaginacion. Estos hombres sienten con viveza, saben manifestar esto de un modo muy sensible en lo exterior, y por una impresion puramente mecánica transmitir á los otros su entusiasmo y sus afectos. En ellos, el cuerpo es el que habla al cuerpo, y á esto concurren igualmente todos los movimientos. ¿Que se necesita para conmover y arrastrar á la multitud? ¿Qué, para hacer estremecer á la mayor parte de los hombres? Un tono vehemente y patético, gestos expresivos y frecuentes, palabras rápidas y sencras.” (*)

(*) *Discours sur le style.* Esta juiciosa observacion estaba ya hecha en gran parte por Quintiliano. He aquí sus palabras. *Verum hi pronuntiatione quoque famam dicendi fortius querunt. Nam et clamant ubique, et omnia levata (ut ipsi vocant) manu emugiunt, multo discursu, anhelitu, jactatione, gestu, motu capitis furentes. Jam collidere manus, terræ pedem incutere, femur, pectus, frontem cadere: mirè ad pullatum circulum facit: cum ille eruditus, ut in oratione multa summittere, variare, disponere, ita etiam in pronuntiando suum cuique eorum quæ dicit, colori accomodare actum sciat: et, si quid sit perpe-*

XI.

Cuando nos proponemos sacar algun partido de los otros obligandolos á tomar alguna resolucion determinada, no hay medio mas peligroso que el de limitarse única y exclusivamente á mover los afectos. Todas las impresiones fuertes son por su misma naturaleza momentaneas y fugaces: en extremo falibles para contar con ellas, deben mirarse solo como un estímulo poderoso para convertir el espíritu á la verdad. Cuando no hubiera otros objetos capaces de calmar el ardor de estos sentimientos facticios, la misma constitucion del hombre seria bastante para desconfiar de ellos. Mil afectos se agolpan ó suceden en nuestra alma, y las mismas imágenes nos ocupan alternativamente, como los delirios de un sueño, aun en las horas de la vigilia. El corazon es naturalmente inquieto, y cuando no hay solidez en las impresiones, aspira continuamente á remplazarlas con la variedad y reproduccion de las antiguas, ó con la produccion de otras nuevas. ¿No es esta una ley general, ley indispensable, y que no podria interrumpirse sin cambiar del todo la naturaleza del hombre? ¿Como pues una imagen viva, una expresion fuerte y animada, un gesto impetuoso y un rasgo patético, serán parte á contener la ansiosa solicitud de nuestra alma en busca de objetos que vengan á reproducir los sentimientos que ya se han extinguido?

No ignoramos que hay momentos de inspiracion en que el genio, echando al parecer una mirada desdeñosa sobre el aparato erudito de las reglas, se lanza á impulsos de una fuerza desconocida y superior á una region muy alta, donde apenas nos es dado columbrarle. Los grandes sentimientos que parecen sacarlo todo de la nada, enriquecen los tesoros de la lengua, ensanchan la esfera del pensamiento, revelan arcanos desconocidos; y que sé yo si esto habrá dado origen al desprecio insen-

tua observatione dignum, modestus et esse et videri malit. Inst. orat. lib. 2.º cap. 13.

XII.

sato de los principios. ¿Pero es exacta esta consecuencia? Cuando no se cuenta con otra cosa, muy poco se avanza en la oratoria, pues tales arrebatos producen cuando mucho un rasgo patético, algunos pormenores brillantes, ciertas frases atrevidas; mas nunca un designio completo, un vasto conjunto y un todo regular. La Iliada y la Eneida, el discurso por la Corona, la defensa de Milon, la oracion fúnebre de Henriqueta Maria de Francia, el sermón del corto número de los escogidos, y el homenaje ofrecido por Maury en presencia del clero galicano al Pontífice de Hipona, obras admirables se presentan á mi vista, insignes, incomparables; dechados perfectísimos donde el genio está en su mayor altura y en sus ápices el buen gusto; y sin embargo, ninguna de ellas me parece que debe referirse únicamente á la inspiracion. Hay tambien discursos improvisados, como el primero de Ciceron contra Catilina; pero lejos de ser este una demostracion contra las reglas, es un documento práctico que las sostiene; porque estas alocuciones repentinas son menos el efecto inmediato de la naturaleza, que el resultado neto de un hábito bien adquirido. Reflexionemos que quien hablaba era Ciceron, es decir, un hombre que habia hecho rendir mediante su industria, los frutos mas abundantes á las disposiciones mas excelentes; que desde sus tiernos años habia empezado á enriquecerse con todos los conocimientos útiles, que dominaba todas las reglas del arte, que las aplicaba con extrema facilidad, por serle ya familiar esta clase de ejercicio; y que bajo este respecto, sus alocuciones momentaneas estaban dispuestas, por explicarme asi, desde su primera juventud. „¿Necesitaré yo de decir que es necesario el conocimiento de las reglas? Sin ellas nadie puede creerse constantemente dispuesto á usar de la palabra, pues aun cuando llegue el caso de que á impulsos de la naturaleza se consiga producir alguna cosa buena, no debe contarse con esto, puesto que es el resultado de una mera casualidad.” (*)

(*) Cic. Brut. cap. 29.

XIII.

Sería necesario dar en una prolijidad fastidiosa, para no detenerse aquí, tratándose de justificar que las disposiciones de la naturaleza, sin las cuales vendrian á ser inútiles todos los procedimientos del arte, exigen un sistema de principios y un fondo competente de instruccion, á fin de producir sus verdaderos resultados; y que tan difícil es concebir un orador sin talentos y doctrina, como sin el conocimiento práctico de las reglas esenciales del arte.

Y qué, ¿una imaginacion menos viva, una sensibilidad menos impetuosa nos dan motivos de creer que con ellas faltan del todo las disposiciones que se requieren para estudiar con fruto el arte de la elocuencia? Asi lo han entendido muchos para quienes el cultivo de la literatura es del todo superfluo, cuando la naturaleza no se ha insinuado con dotes maravillosas y disposiciones gigantescas. Esta opinion reducida á sus justos límites es tan exacta, como falsa y perniciosa en este grado de exageracion. No hagamos de la elocuencia un miserable juguete de palabras técnicas, un taller de figuras ofrecidas de propósito para exornar el discurso, ni un mecanismo casi material de lugares comunes; pero tampoco limitemos el provecho que de ella puede sacarse á las trasformaciones admirables que en mil circunstancias sabe producir en el corazon. Muy diferente de la poesia, la elocuencia ilustra y hace provechoso el talento mediano, admite sus grados diferentes como la música sus tonos, y casi nunca deja de recompensar con usura los trabajos del que la cultiva. Sin salir de lo que propiamente se llama oratoria; ¿cuantos grados diferentes y á que distancia los unos de los otros, pudieran hallarse entre los hombres todos que se han ejercitado en el uso de la palabra! ¿No nos agrada lo mismo el desaliño enérgico de Demóstenes y la compostura llena de atractivos que se ostenta en la frase del orador romano? ¿No son tan dignos de memoria los rayos que Bourdaloue lanzaba para rendir y anonadar la so-

XIV.

berbia de una razon altiva y presuntuosa, como el arte feliz con que se introduce tan suave como irresistiblemente en el alma el autor de la impenitencia final? ¡Qué, tendríamos la suficiente osadía para dar un fallo decisivo entre Bossuet y Fenelon, sin embargo de que haya diferencias tan extremadas entre uno y otro? Bossuet á la orilla de una tumba ve muy pequeños los palacios, muy miserable la opulencia, muy débiles á los Señores del mundo: es un Hércules que parece complacerse en aumentar la fuerza de su adversario para hacer mas brillante su victoria. ¡Que panegirista mas grande ha tenido la grandeza? que pintor mas sublime ha podido apetecer ni aun imaginar la gloria mundana? sin embargo, no bien las hace brillar en todo su esplendor, cuando una y otra desaparecen al soplo de sus labios.

Por muy diferente rumbo, ¡cuanto no cautiva nuestro corazon el arzobispo de Cambray! Tranquilo como la muda corriente que se desliza por entre las flores delicadas; pero seductor irresistible, como el aspecto inefable de una mañana de primavera; sencillo en extremo, pero hábil en gobernar nuestro albedrio, casi no sabemos que nos habla, sino cuando ya nos tiene dulcemente ligados con cadenas de oro á su boca elocuente. Incomparable con todos los grandes genios de que hemos hablado, tratándose de ciertos géneros de oratoria, el Cardenal Maury á par que Bologne, ¡no han excedido á todos en el arte de encarecer las eminentes cualidades de aquellos grandes hombres que veneramos en el santuario? No: ni Henriqueta de Inglaterra, ni el príncipe de Condé deben á la elocuencia un tributo mas bello y mas glorioso, que el grande obispo de Hipona, Vicente de Paul y el virtuoso monarca que despues de haberse adquirido el amor de los franceses desde el trono de sus mayores, santificó este mismo trono, y subió de él á los altares, para recibir el culto religioso de la Iglesia universal.

XV.

Pero dejando aparte estos oradores de primer orden, aunque no lo son en todos los géneros que manejaron: ¡cuantos títulos no reúnen á la estimacion pública los de segunda y tercera clase! ¡Que servicios tan importantes no deben las costumbres al infatigable zelo de Brydaine, al exquisito gusto de Flechier, á los Poulles, Elyseos, La Rués, Neuvelles, entre los franceses; á los Blair entre los ingleses, á los Granadas, Santanderes y Calatayús entre los españoles y aun á los Parras y Uribes entre los mexicanos! ¿A qué fin multiplicar los ejemplos? Baste lo expuesto para ofrecer un estímulo á la nimia timidez de ciertos jóvenes, muy capaces por otra parte de obtener preciosos resultados en algunas de las diferentes clases en que está distribuida la oratoria.

Sin embargo, aun otro motivo mas poderoso y eficaz viene á juntarse aqui, para extender el número de los alumnos. El arte de hablar en toda su extension abraza todas las composiciones literarias, da reglas comunes á la poesia y á la prosa, y ofrece documentos preciosos para ilustrar el talento de cada uno. El poeta y el orador no han menester de cultivarle mas que el historiador y el filósofo; y asi como todas las ciencias y las artes pagan su contingente á la elocuencia, esta se esmera tambien en indemnizarlas á todas, haciendo fácil la exposicion de sus principios, generalizando el interes de sus resultados y extendiendo de mil maneras el número de sus atractivos.

¡Pero qué, no tienen interes en el estudio de los principios, sino únicamente el orador que conmueve, el poeta que recrea, ó el filósofo que instruye? Si no nos es dado elevarnos á semejante altura, podremos adquirir á lo menos otros derechos á la estimacion pública y algunos motivos de satisfaccion íntima respecto de nosotros mismos. Sabremos gobernar nuestras impresiones, y dirigir las bien dentro de nuestra propia esfera. Un trato exquisito, una frase pura y correcta, una conver-

XVI.

sación fluida y amena, un discernimiento ilustrado, ventajas inapreciables son en la carrera de la vida, y dotes muy dignas de abrir un campo honorífico en la sociedad al que las posee. ¿Y no es una condicion demasiado triste depender en todo de impresiones casuales y tal vez caprichosas, admirar lo irregular, embelesarse con lo deforme y trasportarse tal vez con lo hinchado y declamatorio? ¿No es muy triste confundir la zampoña rústica con la flauta melodiosa, y la gayta silvestre con la culta lira de la Italia? ¿Que atractivos pueden tener los progresos de las bellas artes para el que no halla diferencias extraordinarias entre la catedral de su Metrópoli y la soberbia cúpula de Miguel Angel, entre el designio vulgar de una pintura mediana y las sublimes concepciones de Rafael? Pues he aqui la menor ventaja que puede proporcionar el estudio de los principios, ventaja muy grande para un espíritu que no se levanta mucho de la esfera comun; adquirir el tacto seguro que se llama buen gusto, ilustrar sus fallos para no aprobar sino lo perfecto, aplaudir la verdadera magnificencia, pulir, digámoslo así, su sentimiento acerca de lo bello, lo grande y lo sublime; en una palabra, discernir con exactitud y sentir con fidelidad.

Pero todas estas son ilusiones, dicen algunos: la verdad que es y debe ser el todo para el hombre, tiene dos adversarios terribles en la poesia que protege siempre el imperio de la fábula, y la elocuencia que trastorna frecuentemente los sanos principios y extiende y propaga los errores mas funestos. Sin duda que han existido muchos hombres que convirtiendo contra su objeto primitivo las mas bellas disposiciones de la naturaleza, han corrompido tan provechoso talento. „Acostumbrados, dice Cicero, á sostener en los debates oscuros la mentira contra la verdad, han alimentado su atrevimiento con el uso de la palabra; y fué necesario que los primeros ciudadanos se ocupasen en contenerlos, y defender á los suyos contra los ataques de

XVII.

„estos perversos. Semejantes desórdenes atrajeron tanto menosprecio y aun odio á la elocuencia, que los hombres de mayor ingenio, huyendo del tumulto y las borrascas del foro, se refugiaban en el seno de los estudios pacíficos, como en un puerto seguro contra las tempestades. He aqui lo que derramó tanto brillo sobre las ciencias filosóficas y morales, á que dedicaban sus ocios los mas esclarecidos talentos, renunciando á la elocuencia en el tiempo que mas importaba conservar y extender su influjo saludable, puesto que mientras mas profanaban un talento tan noble y honesto la osadía y temeridad de la ignorancia y el crimen, mas estrecha era la precision de oponerles, para bien de la república, una resistencia vigorosa y enérgica.” (*)

¿Seria prudente pues ceder al sofisma el campo de la elocuencia, contentándonos únicamente con los documentos helados de un árido raciocinio? Ojalá y en todos nuestros pensamientos no tuviera parte sino la razon; y que la voluntad, siempre fiel á las inspiraciones del entendimiento, abrazara dócilmente la verdad y la tomase de continuo por blanco de sus deseos y por norma fija de su conducta. Mas por una desgracia inherente á la condicion humana, el mundo moral se rige muy de otra manera que el mundo geométrico, y la verdad y las pasiones se han disputado constantemente el imperio de la conducta. El eco no habia vuelto aún el canto de los pastores, la musa no habia comenzado á encarecer el trabajo de la agricultura, ni la trompa épica remitido á la posteridad las hazañas de los héroes; cuando se habia empeñado ya en el universo aquella lucha tremenda; y es muy digno de notarse que el dolor y el arrepentimiento fueron los primeros poetas y músicos de la tierra. Antes de levantarse el himno puro de la inocencia ó de la gratitud, se habian

(*) *De Invent. lib. 1.º cap. 3.º*

XVIII.

Horado ya los estragos del crimen; y los triunfos de las pasiones precedieron con mucho á los triunfos de la elocuencia y de la poesia.

¿Qué no ha menester la verdad para enseñorearse del corazon? Su semblante es adusto y severo, sus máximas inflexibles, sus gozes muy espirituales, sus recompensas muy lejanas, para que se baste á sí misma y pueda tener prosélitos, en su desnudo y original aspecto. Mientras ella se nos muestra durante el periodo de la vida, necesita tomar el traje de la moda, buscar atavios seductores, lisongear los sentidos, y abrirse brecha no pocas veces al imperio del corazon por el insensible y dulce camino de una prudente y suave condescendencia. Mucho es obligar á un adversario á suscribir á la evidencia que resulta del encadenamiento fiel de las consecuencias con el principio. ¿Pero esto es lo que basta? „Exito lisongero, dice Guillon, pero fugitivo cuando no tiene mas garantia que el sufragio del entendimiento, no consigue por lo comun sino una aprobacion fria, un homenaje árido é inanimado, algunas veces la tentacion fuerte de vengarse del fastidio con la duda, y el despecho secreto de una division intima y profunda entre el asentimiento de lo verdadero y las resistencias de la voluntad.” (*)

Quitad la persuacion de los discursos, y la luz de la verdad brillará siempre para que se reconozcan los crímenes; mas desprovista de calor y de fuerza, no contribuirá jamas á disminuir su número entre los hombres, ni á extender y prolongar el ascendiente de la virtud. ¿Pero que cuadro tan diferente no presenta la verdad cuando se distribuye por la elocuencia! El corazon cede, las pasiones se alistan bajo el estandarte de la ley, y entran, por decirlo así, en los grandes y sólidos intereses de la razon. Un juicio recto se tras-

(*) *Bibliothèque choisie des Pères de l' Eglise. Discours préliminaire.*

XIX.

forma en un cuadro delicioso, en una perspectiva llena de gracias, y donde se siente en alto grado el aliento de la vida. „La imaginacion y el sentimiento, empleados con una prudente y económica sobriedad, ponen en accion las máximas y los preceptos, dan á los objetos el tono de las circunstancias, saben revestirlos con el colorido propio del efecto que deben producir; los descomponen, los dividen, los reunen; y por una combinacion feliz de las impresiones dulces ó terribles, forman ese precioso interes que penetra y asecha; y pasan, digámoslo así, al través de todos los sentidos que arrebatan, llevan su imperio al centro del alma, la conmueven ó la tranquilizan; y en el silencio que imponen á las pasiones, llaman á su arbitrio el sobrecogimiento del temor ó la amplitud de los deseos, el respeto ó el amor, los remordimientos ó la esperanza.” (*)

¿Que no debe la verdad, no digamos á la elocuencia que tiene un objeto tan serio y un fin de la mas alta gerarquía, sino en general á todas las bellas artes? Oigamos á un escritor del siglo de Luis XIV, á un hombre dignísimo bajo todos aspectos de arrebatarse nuestra conviccion. „Los griegos dice, (*) que llevaron á una perfeccion tan elevada la música y la poesia, pretendieron con esto inflamar el valor é inspirar los grandes sentimientos. Con la música y la poesia se preparaban á los combates; y el sonido de los instrumentos los arrojaba en un entusiasmo y en una especie de furor que llamaban divino. Por la música y la cadencia de los versos suavizaban los pueblos mas feroces, hacian entrar con el placer la sabiduria en el fondo de los corazones de los niños: los cantos de Homero les inspiraban agradablemente el desprecio de la muerte, de las riquezas, de los placeres que ablandan el alma; el amor de la gloria, de la libertad y de la patria. Mil

(*) *Fenelon. Dialogues sur l' Eloquence. (†) Guill. ib.*

XX.

„instrucciones se contenian en sus fábulas y en „sus poemas: de este modo la mas grave y aus- „tera filosofía no se mostraba por lo comun sino „bajo un semblante risueño; y todas las artes en „fin que consisten ó en los sonidos melodiosos ó „en los movimientos del cuerpo, ó en las palabras; „es decir, la música, la danza, la elocuencia y la „poesia, no fueron inventadas sino con el fin de „inspirar grandes sentimientos en el alma de los „hombres, haciéndoles pinturas vivas y patéticas de „la hermosura de la virtud, de la deformidad del „vicio, y obligando á todas aquellas artes á entrar „en los designios respetables y augustos de la mo- „ral y de la religion.”

Sin duda que tenemos pseudo—oradores, lo mismo que pseudo-filósofos; que mil veces y á cada paso se han visto usurpados y desconocidos los fueros de la razon; que una elocuencia falaz y seductora ha comprometido los intereses mas caros, atacado las instituciones mas venerables y desconcertado los planes mas grandiosos; que la prostitucion tiene sus filósofos, sus apóstoles el interes personal y sus profetas vehementes la ambicion. ¿Pero que hemos de inferir de aqui? ¿Que la verdad se despoje de todos sus atractivos, que deseché los bellos tributos de la imaginacion y conserve siempre la fria temperatura del cálculo y del raciocinio? ¿Y cual será entonces el resultado de esa lucha eterna que sostiene contra el error y contra el vicio? ¡Ah! Muy pronto caerán sus defensores en el menosprecio, se arruinarán sus templos, volveráse á los cielos, y la tierra quedará inundada en un diluvio de errores y de crímenes. No condenemos el uso de las cosas por el abuso que de ellas puede hacerse; (*) no arruinemos la institu-

(*) Una verdad tan palpable no ha menester sin duda de autoridades; pero la enérgica y erudita familiaridad con que se explica Quintiliano nos obliga á insertar aqui sus mismas palabras.

XXI.

cion, sino procuremos su reforma; ni arrebatados por un zelo indiscreto, añadamos el delirio de destruir al atentado de profanar. Si se abusa de la elocuencia y de la poesia, nuevo motivo es este para cultivarlas con esmero, oponer su original belleza á sus galas postizas, las pinturas verdaderas á las fantásticas ilusiones; los movimientos decisivos á las conmociones pasajeras; la luz del sol á la débil antorcha que alumbrá un aposento, la verdad en toda su fuerza, al error con su falsa energia; y la virtud, en fin, con sus temores y sus esperanzas, y con todos sus atractivos inefables, á los envenenados deleites del vicio y á todas las seducciones del mal. „Lejos de menospreciar el estudio de la elocuencia, dice Ciceron, por el criminal abuso que de ella se hace todos los dias en los negocios públicos y privados, es preciso tomar de aqui nuevos motivos para dedicarse á ella con el mayor interes, á fin de oponerse al ascendiente peligroso que usurpan los oradores perversos con detrimento sumo de los hombres honrados, y para la completa ruina de toda la sociedad; y tanto mas, cuanto que siendo ella el gran resorte de las cosas públicas y privadas, por ella debe hacerse segura, por ella honesta, por ella ilustre, por ella finalmente agradable la vida. ¿No es ella la que dirigida por

*Quo quidem modo, nec duces erunt útiles, nec magistratus, nec medicina, nec ipsa denique sapientia. Nam, et dux Flaminius; et Gracchi; Saturnini, Glau-
cia magistratus; et in medicis, venena; et in iis, qui philosophorum nomine malè utuntur, gravissima non-
numquam flagitia deprehensa sunt. Cibos aspernemur;
attulerunt sæpè valetudinis causas. Numquam tecta
subeamus; super habitantes aliquandò procumbunt.
Non fabricetur militi gladius; potest uti eodem ferro
latro. Quis nescit, ignes, aquas, sine quibus nulla sit
vita, et (ne terrenis immerer) solem, lunamque præ-
cipua siderum aliquandò etiam nocere. INSTIT. ORAT.
lib. 2,º cap. 17.*

IV.